

LA SUPERVIVENCIA DE LA HUMANIDAD AMENAZADA POR LA HEGEMONÍA

**Resumen del libro de Noam Chomsky,
*Hegemonía o Supervivencia,
El Dominio Mundial de EE. UU.*,
Ed. Norma,
Bogotá,
2008.**

**Luis Córdova Arellano
cordovaluis@gmail.com
Marzo de 2009.**

En el año 2003, Noam Chomsky publica en inglés el libro “*Hegemony or Survival*”. En el año 2008, editorial Norma (Bogotá) lo publica en español. Las referencias se harán conforme a esta edición en español.

El libro consta de nueve capítulos.

El primer capítulo se titula “Prioridades y Perspectivas”. Allí, Chomsky señala que el control del pensamiento a través de la propaganda es más importante en las sociedades libres, ya que la elite encuentra más difícil mantener la disciplina a latigazos. Es más, fue Gran Bretaña la pionera en el control del pensamiento a través del Ministerio de Información (p. 17). Su equivalente en los EU es el Comité de Información Pública (“Comisión Creel”), donde, entre sus miembros, sobresalen Lippmann y Bernays. La técnica que se encarga del control del pensamiento es llamada “la ingeniería del consentimiento”. El autor señala que como las decisiones políticas están tan concentradas en pocas manos, John Dewey llegó a describirla como “la sombra que los grandes negocios arrojan sobre la sociedad” (p. 29).

El segundo capítulo del libro se titula “La Gran Estrategia Imperial”. Allí, el autor cita al iusinternacionalista Richard Falk, quien –acertadamente- concluye que la guerra de Irak no es otra cosa que un crimen contra la paz y recuerda que este crimen fue uno de los delitos por los cuales fueron sentenciados algunos nazis en los juicios de Nüremberg (p. 25).

En cambio, para Michael Glennon, el Derecho Internacional es pura palabrería que debería ser arrojada al cesto de la basura de la historia, porque intenta sujetar el imperio de la fuerza, al imperio de la ley (pp. 25-26). Siguiendo este razonamiento, llegamos al bombardeo de la OTAN contra Kosovo, considerado por la elite estadounidense como el establecimiento de una nueva norma que permite el uso de la fuerza por razones “humanitarias” y sin el consentimiento del Consejo de Seguridad (p. 38) o lo que es lo mismo, manifiesta la existencia de un gobierno mundial de facto bajo la égida de los EU (p. 48), donde la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sirve al poder unilateral de los EU (p. 47). Chomsky cita el escandaloso uso de inspectores de la ONU para los servicios de espionaje de los EU, sobre todo en el caso de Irak (p. 49).

El autor analiza el uso del veto por parte de los EU. Bush II dijo que “no necesitamos del Consejo de Seguridad, por lo que si el mismo quiere seguir siendo relevante, tendrá que concedernos una autoridad similar” (p. 50 y ss.). Nada más y nada menos. Incluso, Bush II y Blair dieron un ultimátum al Consejo

de Seguridad para que bendijera la guerra contra Irak (p. 52). En este sentido, podemos afirmar que la nueva diplomacia no es otra cosa que la “aquiescencia forzada” (p. 56).

Chomsky, analizando los antecedentes de esta “nueva diplomacia”, es decir, la “aquiescencia forzada”, comenta algunos de sus antecedentes. John Stuart Mill (Londres, 20-may-1806 – Francia, 8-may-1873) –por ejemplo- consideraba a Inglaterra como un país idealista empeñado en acabar con la inhumanidad. Esto lo dijo cuando Inglaterra cometía los peores actos criminales de su dominación imperial contra China y la India (p. 69; también en 249 y 250).

Quizás podríamos llamar a esto como el “idealismo imperial”, al cual, Woodrow Wilson no fue ajeno, ya que conquistó Filipinas, intervino Haití y República Dominicana, apelando a nobles ideales. Y es gracias a estos “ideales humanitarios” (imperiales), que se habla del corolario wilsoniano de la doctrina Monroe, que consiste nada más y nada menos en que únicamente los intereses petroleros de los EU merecen concesiones dentro de su poderío (p. 70). Y cabe señalar que a través de la historia, las guerras se han “justificado” por razones “humanitarias” (Hitler en Checoslovaquia, Mussolini en Etiopía, Japón en Manchuria, etc.). Es tal el “altruismo”, que franceses, ingleses e italianos, aceptaban territorios en mandato por parte de la Liga de las Naciones Unidas, con tal de que tengan yacimientos petroleros, minas, etc. (p. 73).

El capítulo 3 se titula “La Nueva Era de la Ilustración”. Allí, el autor demuestra que la preocupación de la elite en el bombardeo contra Kosovo fue la “credibilidad de los amos” (p. 83), es decir, lo que contaba era afirmar la posición dominante de EU contra la Europa unificada (p. 84), el propósito fue afianzar la primacía de EU sobre Europa (p. 94).

En este mismo capítulo, el autor denuncia que en el periodo de entreguerras, el surgimiento del fascismo fue mirado con buenos ojos. (p. 96). Para la elite estadounidense, el fascismo representaba una alternativa aceptable frente al riesgo de que las masas se volcaran hacia la izquierda. El mismo embajador de los EU en Italia (William Phillips), consideraba al fascismo como una “verdadera democracia” porque el bienestar del pueblo es su verdadero objetivo (p. 97). Alemania recibió un sustancial apoyo angloamericano hasta el momento en que Hitler desafió los intereses de los EU y de Gran Bretaña (p. 96).

Dice Chomsky que “el surgimiento del fascismo en el período de entreguerras despertó inquietudes, pero en general fue mirado más bien con buenos ojos por los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña, el mundo de los negocios y buena parte de la opinión de élite. Esto, porque la versión fascista del nacionalismo extremo permitía una amplia penetración económica por parte de Occidente y a la vez destruía los muy temidos movimientos de los trabajadores y la izquierda, además de la democracia desbordada que les daba cabida” y agrega que “conviene, de paso, tener en mente que el régimen más monstruoso de la historia subió al poder en el país que en todas las medidas encarnaba la cumbre de las ciencias y las artes de la civilización occidental y que era tenido por un modelo de democracia antes de que el conflicto internacional cobrara formas que no cuadraban con esa concepción; un país que, como sucedió con Saddam Hussein medio siglo después, conservó un sustancial apoyo angloamericano hasta que Hitler se lanzó en una agresión directa que comprometía gravemente los intereses de Estados Unidos y Gran Bretaña.”

El mundo de los negocios también se entusiasmó con el fascismo europeo. A la subida de Hitler, se dispararon las inversiones en Alemania, porque esta había conjurado el peligro de las masas, es decir, había conjurado el peligro de la democracia popular (p. 97). También hubo una bonanza de las inversiones en la Italia fascista. Gran Bretaña más aun, brindó apoyo a Hitler, por el profundo arraigo

de las relaciones comerciales, financieras e industriales entre ambas naciones (p. 98) y porque las clases gobernantes británicas se “autodefendían” del avance de la democracia popular. Es curioso que los EU intervinieron la Rusia soviética en 1918, pero “en defensa propia” (pp. 100-101).

El capítulo 4 se titula “tiempos peligrosos”. Para mantener su dominio imperial, los EU toman decisiones sin importar cuán riesgosas sean para la vida humana. Estas decisiones, muchas veces contradicen la legalidad internacional. Por ejemplo, en 1986, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) condena a los EU por su agresión (violación de la soberanía) contra Nicaragua. La respuesta de los EU a esta sentencia de la CIJ fue aumentar la violencia del Estado contra Nicaragua (p. 139). Este actuar de los EU quizás se remonte a sus orígenes, ya que los mismos aborígenes en los EU apodaron a George Washington como “destructor de poblaciones” (p. 142). De especial interés en este capítulo, puede resultar el análisis de Chomsky sobre la crisis de los misiles (p. 104 y ss).

El capítulo 5 se titula “la conexión iraquí”, donde el autor analiza la figura de Saddam Husein, apoyado inicialmente por los EU contra Irán. Chomsky aporta datos sobre las figuras de Noriega (p. 155) y Ceausescu (pp. 156-157). Es interesante anotar que el autor apunta que el mismo Saddam invertía los ingresos del petróleo en el desarrollo nacional e incluso, árabes de todo el mundo acudían a Irak para estudiar (p. 174). Esta doctrina nacionalista de beneficio de la población contradice aquella doctrina que enseña asesinar la seguridad social. Es decir, que aconseja e instaura el feudalismo (p. 165).

Dice Chomsky que “en la eliminación de programas sociales hay intenciones que van mucho más lejos de la concentración de riqueza y poder. La Seguridad Social, la enseñanza pública y demás desviaciones del ‘camino recto’ que el poderío militar de Estados Unidos piensa imponer al mundo, como se ha declarado con franqueza, están basadas en doctrinas perversas, entre ellas la perniciosa creencia de que nos debería importar, como comunidad que somos, si la viuda minusválida del otro lado del pueblo tiene con qué pasar el día, o si el niño de al lado debe tener la opción de un futuro decente. Estas perversas doctrinas derivan del principio de la solidaridad, que para Adam Smith y David Hume era la esencia de la naturaleza humana, principio que hay que expulsar de la mente. La privatización trae otros beneficios. Si las pensiones, la asistencia de salud y otros medios de supervivencia de los trabajadores dependen del mercado de valores, a estos les conviene minar sus propios intereses: deberán oponerse a los aumentos salariales, reglamentaciones de salud y seguridad y otras medidas que puedan recortar las ganancias de esos benefactores de los cuales dependen por obligación, en un proceso que recuerda al feudalismo.” (p. 165).

Por otra parte, sabido es que los analistas coincidían en que un ataque a Irak ocasionaría la intensificación del terrorismo (p. 168) y convertiría a las Armas de Destrucción Masiva (ADM) en un importante factor de disuasión contra los EU (p. 169). Es decir, con la intervención de EU a Irak se corría el riesgo de intensificar la proliferación de ADM (p. 172). Pero eso no importaba, lo que importa era la hegemonía.

El autor también analiza lo que se ha considerado como las “sanciones genocidas” contra Irak (pp. 174-175), las cuales sufrieron el poderoso veto estadounidense, es decir, fueron duramente implantadas contra Irak, pero eliminadas del periodismo de información y suprimida de la historia. Otro caso interesante de este veto lo es el Protocolo de Ginebra de 1925, el cual prohíbe, digamos, la guerra biológica (gases tóxicos y métodos bacteriológicos de guerra). Este protocolo sufrió el “doble veto” de los EU, porque: 1.- EU e Israel se abstuvieron de firmarlo, y 2.- porque fue suprimido de la historia y del periodismo de información (p. 168).

Por las sanciones impuestas contra Irak bien puede hablarse de “genocidio silencioso” (hubo una disminución de los suministros de alimentos por ejemplo, p. 178). El autor aduce que las sanciones llevaron a la población a “depender de la tiranía” (p. 193).

También es interesante mencionar que el desencanto por la democracia formal ha sido fomentada por los EU, para quien la participación popular no es una opción “viable”, es decir, no es pertinente frente a ese Senado virtual de inversores y prestamistas (p. 190). Con la democracia formal, los candidatos dicen cualquier cosa, o lo que es lo mismo: “lo que queda de la democracia es más que todo el derecho a elegir entre mercancías” (p. 192). Para Washington, la democracia formal está muy bien, pero en tanto obedece las órdenes de los amos (p. 196). En suma, podemos decir que Irak es el tubo de ensayo del Nuevo Orden Mundial (p. 197). El pensamiento de Washington se expresa en el organigrama de la administración civil de Irak (p. 196).

Dice Chomsky que “los lineamientos básicos del pensamiento de Washington se patentizan en el organigrama de la ‘administración civil del Iraq de posguerra’. Hay dieciséis casillas, cada una con un nombre en negrita y una indicación del cargo, desde el enviado presidencial, Paul Bremer, en la cima (responsable ante el Pentágono), hasta el pie del cuadro. Siete son generales, casi todos los otros son funcionarios del gobierno estadounidense, ninguno de ellos iraquí. En la parte inferior hay una casilla diecisiete, más o menos de un tercio del tamaño de las otras, sin nombres ni negritas ni funciones, que dice: ‘consejeros ministeriales iraquíes’” (p. 196).

El capítulo 6 se titula “los dilemas de la dominación”. La fascinación por la “Nueva Europa” después del derrumbe de la Unión Soviética no es sólo que los países de Europa del Este ahora pueden “saludar y gritar: ¡Sí Señor!”, sino que a los ojos de los EU, podrían acabar con el Estado de Bienestar europeo, ya que los pueblos de Europa del Este son trabajadores calificados que perciben menos salarios que los trabajadores del occidente europeo. Estos trabajadores “baratos” podrían llevar el “capitalismo moderno” a Europa, o lo que es lo mismo, la visión del capitalismo que EU impulsa en el mundo (p. 199). Es decir, Europa del Este se convirtió en una avalancha de mano de obra fácilmente explotable (p. 201). Por ejemplo, en razón de las deplorables condiciones laborales y de vida, ¿se estima que unas 100 000 mujeres ucranianas viven en la esclavitud sexual! (p. 201).

Para los EU, los estándares de salud europeos pueden representar un “desafío exitoso” y estimular peligrosamente a la opinión pública de los EU para crear un sistema de salud para todos los estadounidenses, quienes, a pesar de la propaganda, están a favor del mismo a través de un sistema de gravámenes (p. 201). Por otra parte, debido a los problemas en los países del extinto socialismo real, en Rusia por ejemplo, se recuerda con agrado la figura de Stalin (p. 202) y el autor se pregunta si acaso Europa del Este es un caballo de Troya de EU contra Europa (p. 203).

El autor habla del Orden Económico Mundial Tripolar –Norteamérica, Europa y Asia-, el cual está siendo desafiado por los llamados “tigres de Asia” (pp- 203-204), ya que Asia del Nordeste está integrada y sostiene un rápido desarrollo que podría permitirle emprender un rumbo independiente (p. 208). Es importante señalar que desde antes de la Segunda Guerra Mundial, EU era de lejos la mayor potencia económica del mundo pero no alcanzaba a ser un líder en la gestión mundial (p. 204). Y cabe señalar que el origen de las transnacionales se da con el Plan Marshall (p. 205).

Chomsky apunta que “el Departamento de Comercio de Reagan comentó que el Plan Marshall ‘creó el marco para grandes volúmenes de inversión privada directa de Estados Unidos en Europa’, y realizó así el trabajo preliminar para las compañías multinacionales (CMN). En 1975 la revista Business Week describió a las CMN como la ‘expresión económica’ de la ‘estructura política’ establecida por los

planificadores de políticas de posguerra, cuando ‘las empresas americanas prosperaron y se expandieron con pedidos del exterior (...) impulsados al principio con los dólares del Plan Marshall’ y protegidos de ‘acontecimientos negativos’ por ‘el manto del poderío americano’.” (p. 205).

El capítulo 7 se titula “caldera de hostilidades”, en el cual, el autor analiza el papel de Israel en el llamado “Oriente Medio”. Algunos analistas han considerado a Israel, no como un Estado con un ejército, sino un ejército con un Estado (p. 246) y de más está decir que el bienestar social de Israel se ha erosionado (p. 217). El ejército israelí se usa para atacar, controlar y subyugar a sus vecinos, con unos métodos que la población no olvida (p. 218). Israel mantiene una alianza con EU y Turquía, alianza a la cual se lo conoce en Medio Oriente como el verdadero “eje del mal” (p. 218). Cabe destacar que en este capítulo, el autor analiza con cierto detalle las relaciones entre Israel y los EU, por ejemplo, el papel que esta alianza tuvo contra Nasser, dirigente egipcio y contra Argelia, etc.

Por otra parte, algunos analistas han considerado que la solución al problema en Medio Oriente es el repliegue de Israel hasta sus fronteras de 1967 (p. 231). Otro dato interesante es que los acuerdos de Oslo no significan otra cosa que la dependencia neocolonial permanente para los Palestinos (p. 233) y que el muro de Cisjordania pone bajo el control de Israel el acuífero cisjordano, además de las tierras más fértiles de la región (p. 239).

El capítulo 8 se titula “terrorismo y justicia: algunas verdades útiles”. Allí, el autor analiza la definición de “terrorismo”. Este es definido por un manual del Ejército de los EU como “el empleo premeditado de violencia o amenazas de la violencia para lograr objetivos de naturaleza política, religiosa o ideológica mediante la intimidación, la coerción o la siembra del miedo” (p. 256). Cosa curiosa es que esta definición oficial de “terrorismo” es casi idéntica a la práctica del “contraterrorismo” y “contrainsurgencia”. Es ilustrativo señalar que la contrainsurgencia propagada por los EU se inspiró en los manuales nazis (p. 257).

En este capítulo, el autor también analiza los estragos del concepto de Seguridad Nacional, aplicado desde Kennedy. Esta política de “Seguridad Nacional” implicó la tolerancia a la rapacidad y crueldad de los militares latinoamericanos para la defensa de los intereses de los EU en la región (p. 260).

Una enseñanza importante y que con mucha fuerza expresa el autor, es que para reducir la amenaza del terrorismo, hay que dejar de practicarlo (p. 269).

El autor también analiza el concepto de “guerra justa”, la cual se ha reactivado en el contexto de la “intervención humanitaria” (p. 270). Se argumenta que la intervención a Afganistán en 2001 es un ejemplo de “intervención humanitaria”, pero en realidad, es un crimen de guerra, ya que –entre otros– en 2002 se conjeturaba como responsables del 11/S a Al Qaeda, es decir, en 2001 no existía ni siquiera dicha certeza (p. 272). En suma, se bombardeó Afganistán, sin importar las consecuencias y en virtud del dominio imperial.

El autor comenta la pregunta que formuló Bush II: “¿Por qué nos odian?” y la respuesta sugerida es: por el apoyo de los EU a cuanto gobierno antidemocrático surge en el mundo (p. 291). Es curioso que se llegó al punto de que a Bush II lo aborrecieron incluso aquellos que solían admirar a los EU (p. 293).

El capítulo 9 se titula, “¿Una pesadilla pasajera?”. Aquí, el autor menciona la hipótesis de que Stalin ofreció la unificación de Alemania a cambio de que ésta no entrara en la OTAN (p. 304), oferta que, por supuesto, fue rechazada por los EU. Después de la muerte de Stalin, Krushev ofreció una reducción

mutua de fuerzas militares, pero los EU optaron por la escalada nuclear (p. 305). Por estos motivos, la URSS se vio involucrada en una carrera armamentista, uno de los principales motivos de su derrumbe.

Por otra parte, el autor señala que el programa de Defensa Antimisiles Balísticos (DAB) es el caballo de Troya para armar el espacio exterior (p. 308), es decir, el DAB es una herramienta de dominación mundial (p. 309). La debilidad del DAB (“estrellas de la muerte”) es que necesita de los satélites para funcionar y estos son todavía fácilmente vulnerables (p. 310). Cabe señalar que sobre el Espacio Exterior rige el Tratado del Espacio Exterior de 1967. EU se ha rehusado a fortalecer este importante tratado (p. 315).

Otra de las amenazas a la humanidad son las armas biológicas. El autor cita la Convención de Armas Biológicas y Tóxicas de 1972. Bush II se retiró de las negociaciones para establecer procedimientos de verificación de esta Convención, con el fin de proteger a las compañías farmacéuticas y biotecnológicas estadounidenses (pp. 316-317). Otras de las víctimas de Bush II lo ha sido el Tratado de No-Proliferación de Armas Nucleares de 1970, el cual obliga a las partes a negociar de buena fe las medidas para detener la carrera armamentista nuclear (p. 318). Nada más y nada menos.

A pesar de todo este ambiente desolador y desalentador, Chomsky finaliza con estas palabras:

“Lo que importa es que logremos despertarnos de la pesadilla antes de que lo consuma todo y podamos traer un poco de paz, justicia y esperanza a un mundo que está, ahora mismo, al alcance de nuestras posibilidades y nuestra voluntad.” (p. 322).